

E DE ALFONSO COSTAFREDA

El día 4 de este mes puso fin a su vida en Ginebra el poeta Alfonso Costafreda. Costafreda nació en Tàrraga (Lérida) en 1926; estudió en las Universidades de Madrid y Barcelona, donde conoció a sus compañeros de generación: Carlos Barral, Gabriel Ferrater, José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Jaime Ferrán, etcétera; hace diecinueve años se trasladó a Ginebra para trabajar en la Organización Mundial de la Salud. En esta ciudad trató a otro de los hombres de su generación, Angel Valente.

Costafreda fue el primero de todos ellos en publicar, en 1949, tras la obtención del

primer Premio Boscán de Poesía, del mismo año, con el libro "Nuestra elegía". En 1952 editó en Laye su segundo libro, "Ocho poemas" y, en 1966, en la colección Colliure, el tercer libro, "Compañera de hoy". Pero la mayor parte de su producción poética no aparecerá hasta dentro de unas semanas, en la colección Ocnos, bajo el título "Suicidios y otras muertes".

En el presente número de TELE/EXPRES literario, sus compañeros y amigos de generación rinden al magnífico poeta Alfonso Costafreda el merecido homenaje.

A UNA SOLA CARTA

Conocí Nuestra elegía, primer libro de Alfonso Costafreda y primer Premio Boscán, en la primavera de 1950, cuando acababa de publicarse y hacía un año que yo había empezado a escribir. Muy poco después, por mediación de Carlos Barral, conocí a su autor. Saberle estudiante de mi misma Facultad, en Barcelona, me había deslumbrado casi tanto como su libro me deslumbró. Era la Poesía, premiada y publicada, en todo su imaginario esplendor, descubierta de pronto en un banco del patio próximo al mío, en una vecina mesa del bar. Todavía ahora, cuando los recuerdos, me encanta la hermosura de muchos de aquellos versos, aunque me se incapaz de releer el libro. El don de decir de un modo emocionante, turbadoramente bello, maduró en Alfonso Costafreda antes que las emociones y la mente. Nuestra elegía es un libro con men-

saje y, en ese nivel, un turbulento acuse de recibo del neorromanticismo alejandrino. Lo que en los versos de Sombra del paraíso era sólo una espléndida y apasionada actitud literaria, se incorporaba en Costafreda como una fe personal agresiva y —ahora me doy cuenta— conmovedora. Nunca olvidaré mi increíble sorpresa, cuando —me acuerdo perfectamente— que en el instante de atravesar el cruce de Diputación con Rambla de Cataluña — me comunicó que era panteista. Pero panteísta de una inocente y completa literalidad, Panteísta Apostólico y Romano, anterior a cualquier concilio que Pan haya podido jamás convocar. Esa escena y nuestros registros de la Universidad, al mediodía, por el Paseo de Gracia, él, Carlos Barral y yo, son mis recuerdos más naturales y más vivos de nuestra relación en aquel tiempo. Yo sabía que Costafreda, el poeta establecido, menospreciaba mis poemas y eso me hacía sufrir.

A la influencia de Alexandre sucedió la del mito de Rimbaud, y hubo unos años de incalculable peregrinaje entre París y Dublín. Volvió una vez, con ocho hermosos poemas que publicó la revista «Laye». Carlos Barral aprovechó aquella estancia para que nos reuniésemos los tres, en mi casa: quería que fuésemos amigos de verdad, él, que de verdad lo era de los dos. Nada funcionó bien. Costafreda explicó que soñaba llegar un día a una habitación desconocida en una desconocida ciudad y encontrarse a sí mismo, y también entonces mi reacción fue de sorpresa y de incredulidad. Carlos me animó luego a leer varios poemas míos. A Costafreda le gustó uno, pero, añadió enseguida, que se sentía capaz de mejorarlo en un cincuenta por ciento. Volvió a marcharse y yo no le perdí. Años más tarde, lamentablemente, manejé una pequeña cantidad de poder literario, tuve oportunidad de vengarme y no la dejé pasar. Alfonso Costa-

DEL OTRO LADO

Hay días y hechos torpes que acuden de improviso que se presentan llenos de desorden para crear si duda el sobresalto y así quedar un tiempo detenidos hasta que la memoria les endosa de nuevo el traje rutinario de sucesos pasados.

Tal es la muerte por ejemplo ambigua de un amigo que duele saber del otro lado pero suena un teléfono o llega el telegrama y hay que cambiar de imagen decir de él que era alegre o melancólico y aceptar enseguida que ya sólo es un nombre.

Ahora recuerdo a Alfonso Costafreda como muy pocas veces y no porque haya muerto sino porque releo sus poemas los últimos papeles que ya no verá impresos y me encabrona no poder volver a escucharle y hablarle o a discutir como antes.

El peligro existía y sus versos quedaron oh cuando yo le prefería con su rabia con los ojos que el vino iluminaba maldiciendo esa farsa que para él ya termina señalando al culpable.

José Agustín GOYTISOLO



freda vivía en Ginebra, hacía tiempo que no publicaba nada. De aquella mala pasada data mi aprecio por un rasgo suyo que Carlos Barral siempre había elogiado: la nobleza. Cuando supo de dónde venía el golpe, y por qué, lo encajó sin reproche. Fuimos, al fin, definitivamente amigos.

Volví a encontrarle, como en tantas ocasiones de paso, hace pocas semanas. En los primeros años sentía había publicado un buen libro y ahora estaba contento de preparar otro, cuyo título ha resultado terrible: Suicidios y otras muertes. No ha vivido para verlo.

Allí pasión spent, lo único que importa es concluir manifestando mi admiración y mi respeto por Alfonso

Costafreda, que apostó toda su vida a una sola carta: ser poeta. Y que cuando descubrió —como a todos nos ha ocurrido— que nunca sería el gran poeta que había soñado, no quiso ser, ni aparentar, ninguna otra cosa. Un puñado de cenizas y un puñado de buenos poemas son suficiente resumen de la vida, querido Alfonso. Permítame despedirme con unos versos de Manuel Machado que ya no sabré si a ti te gustaban, pero que a mí me gustan mucho:

Valiente soldado del Arte
adíos, que luego nos veremos.
También nosotros nos iremos
con nuestra música a otra parte.

Jaime GIL DE BIEDMA

COMPAÑERA DE HOY

Hemos estado demasiado combatidos por la muerte, demasiado fatigados por su sola continua voz acriada en los espejos para no agradecer la simple rama de la luz que en tiempo de dolor florece.

La pongo sobre ti, mi amigo, para que sea tu propia muerte conjurada.

Porque morir fue al cabo el solo modo de vencer la muerte y no era inútil la vocación, el fuego o el destino nuestro.

Del horror de la noche sólo la noche y tú fuisteis testigo. Mas tú ya dieras testimonio, como la simple luz en que la noche del combatiente oscuro desemboca da en tiempo de dolor testimonio de ti, la simple luz, tu compañera de hoy, mi amigo.

José Angel VALENTE

UAB
Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

EN LA MUERTE DE ALFONSO COSTAFREDA

El día 4 de este mes puso fin a su vida en Ginebra el poeta Alfonso Costafreda. Costafreda nació en Tàrraga (Lérida) en 1926; estudió en las Universidades de Madrid y Barcelona, donde conoció a sus compañeros de generación: Carlos Barral, Gabriel Ferrater, José Agustín Goytiso, Jaime Gil de Biedma, Jaime Ferrán, etcétera; hace diecinueve años se trasladó a Ginebra para trabajar en la Organización Mundial de la Salud. En esta ciudad trató a otro de los hombres de su generación, Angel Valente.

Costafreda fue el primero de todos ellos en publicar, en 1949, tras la obtención del

primer Premio Boscán de Poesía, del mismo año, con el libro "Nuestra elegía". En 1952 editó en Laye su segundo libro, "Ocho poemas" y, en 1966, en la colección Colliure, el tercer libro, "Compañera de hoy". Pero la mayor parte de su producción poética no aparecerá hasta dentro de unas semanas, en la colección Ocnos, bajo el título "Suicidios y otras muertes".

En el presente número de TELE/EXPRES literario, sus compañeros y amigos de generación rinden al magnífico poeta Alfonso Costafreda el merecido homenaje.

A UNA SOLA CARTA

Conoci Nuestra elegía, primer libro de Alfonso Costafreda y primer Premio Boscán, en la primavera de 1950, cuando acababa de publicarse y hacía un año que yo había empezado a escribir. Muy poco después, por mediación de Carlos Barral, conocí a su autor. Saberle estudiante de mi misma Facultad, en Barcelona, me había deslumbrado casi tanto como su libro me deslumbró. Era la Poesía, premiada y publicada, en

sañe y, en ese nivel, un turbulento acuse de recibo del neorromanticismo alexandrino. Lo que en los versos de Sombra del paraíso era sólo una espléndida y apasionada actitud literaria, se incorporaba en Costafreda como una fe personal agresiva y —ahora me doy cuenta— como vedora. Nunca olvidaré mi increíble sorpresa, cuando —me acuerdo perfectamente que en el instante de atravesar el cruce de Diputación con Rambla de Cataluña— me comunicó que era panteísta. Pero panteísta de una inocente y completa literalidad, Panteísta Apostólico y Romano, anterior a cualquier concilio que Pan haya podido jamás convocar. Esa escena y nuestros regresos de la Universidad, al mediodía, por el Paseo de Gracia, él, Carlos Barral y yo, son mis recuerdos más naturales y más vivos de nuestra relación en aquel tiempo. Yo sabía que Costafreda, el poeta establecido, menospreciaba mis poemas y eso me hacía sufrir.

A la influencia de Alexandre su cedió la del mito de Rimbaud, y hubo unos años de incalculable peregrinaje entre París y Dublín. Volvió una vez, con ocho hermosos poemas que publicó la revista «Lay». Carlos Barral aprovechó aquella estancia para que nos reuniésemos los tres, en mi casa: quería que fuésemos amigos de verdad, él, que de verdad lo era de los dos. Nada funcionó bien. Costafreda explicó que soñaba llegar un día a una habitación desconocida en una desconocida ciudad y encontrarse a sí mismo, y también entonces mi reacción fue de sorprendente incredulidad. Carlos me animó luego a leer varios poemas míos. A Costafreda le gustó uno, pero, añadió enseguida, que se sentía capaz de mejorarlo en un cincuenta por ciento. Volvió a marcharse y yo no le perdóné. Años más tarde, lamentablemente, manéje una pequeña cantidad de poder literario, tuve oportunidad de vengarme y no la dejé pasar. Alfonso Costa-

DEL OTRO LADO

Hay días y hechos torpes que acuden de improviso que se presentan llenos de desorden para crear si duda el sobresalto y así quedar un tiempo detenidos hasta que la memoria les endosa de nuevo el traje rutinario de sucesos pasados.

Tal es la muerte por ejemplo ambigua de un amigo que duele saber del otro lado pero suena un teléfono o llega el telegrama y hay que cambiar de imagen decir de él que era alegre o melancólico y aceptar enseguida que ya sólo es un nombre.

Ahora recuerdo a Alfonso Costafreda como muy pocas veces y no porque haya muerto sino porque releo sus poemas los últimos papeles que ya no verá impresos y me encabrona no poder volver a escucharle y hablarle o a discutir como antes.

El peligro existía y sus versos quedaron oh cantor de muchachas y pájaros y sueño aunque yo le prefiera con su rabia con los ojos que el vino iluminaba maldiciendo esa farsa que para él ya termina señalando al culpable.

José Agustín GOYTISOLO



freda vivía en Ginebra, hacía tiempo que no publicaba nada. De aquella mala pasada data mi aprecio por un rasgo suyo que Carlos Barral siempre había elogiado: la nobleza. Cuando supo de dónde venía el golpe, y por qué, lo encajó sin reproche. Fulmcs, al fin, definitivamente amigos.

Volví a encontrarle, como en tantas ocasiones de paso, hace pocas semanas. En los primeros años sentía había publicado un buen libro y ahora estaba contento de preparar otro, cuyo título ha resultado terrible: Suicidios y otras muertes. No ha vivido para verlo.

Allí pasión spent, lo único que importa es concluir manifestando mi admiración y mi respeto por Alfonso

Costafreda, que apostó toda su vida a una sola carta: ser poeta. Y que cuando descubrió —como a todos nos ha ocurrido— que nunca sería el gran poeta que había soñado, no quiso ser, ni aparentar, ninguna otra cosa. Un puñado de cenizas y un puñado de buenos poemas son suficiente resumen de la vida, querido Alfonso. Permítame despedirme con unos versos de Manuel Machado que ya no sabré si a ti te gustaban, pero que a mí me gustan mucho:

Valiente soldado del Arte
adíos, que luego nos veremos.
También nosotros nos iremos
con nuestra música a otra parte.

Jaime GIL DE BIEDMA

COMPAÑERA DE HOY

Hemos estado demasiado combatidos por la muerte, demasiado fatigados por su sola continua voz aclaga en los espejos para no agradecer la simple rama de la luz que en tiempo de dolor florece.

La pongo sobre ti, mi amigo, para que sea tu propia muerte conjurada.

Porque morir fue el cabo el solo modo de vencer la muerte y no era inútil la vocación, el fuego o el destino nuestro.

Del horror de la noche sólo la noche y tú fuisteis testigo. Mas tú ya dieras testimonio, como la simple luz en que la noche del combatiente oscuro desemboca da en tiempo de dolor testimonio de ti. la simple luz, tu compañera de hoy, mi amigo.

UAB

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

José Angel VALENTE